

Mario Carretero y colaboradores.

Construir y Enseñar. Las Ciencias Sociales y la Historia.

Bs.As., Aique, 1995.

La obra que comentamos tiene como finalidad abordar algunos problemas relativos a la enseñanza y comprensión de la Historia y las Ciencias Sociales. Su principal mérito radica en la intención del autor de pretender realizar un diálogo «a tres bandas», entre:

El conocimiento de las Ciencias Sociales, en general, y el histórico, en particular.

El psicológico, relacionado con las características del desarrollo intelectual del alumno, tanto en su sentido evolutivo como cognitivo.

El de las Didácticas específicas de estas disciplinas. Ello permitiría —en la propuesta de Carretero— dar cuenta de las múltiples y complejas relaciones entre «el qué», «el cómo» y «a quién enseñar» otorgando a la enseñanza de estas asignaturas una importancia crucial en el desarrollo cognitivo de los alumnos y en la tarea de ir formando ciudadanos responsables, críticos y dueños de su propio destino.

El libro se halla dividido en seis capítulos de los cuales los dos primeros intentan procurar una síntesis abarcativa de la problemática en cuestión subrayando aquellos temas relevantes y sus implicancias didácticas. Los otros cuatro constituyen informes de trabajos empíricos sobre la comprensión de la causalidad histórica, la comprensión de la historia como relato y los procesos de razonamiento y solución de problemas con contenido histórico.

¿Cómo se presenta el conocimiento social e histórico? Carretero recurre en esta instancia a un juego analógico, comparando aquellas características más generales de las Ciencias Sociales y de la Historia con las de las Ciencias Experimentales. De ello se derivan una serie de cuestiones relacionadas no sólo con los objetos determinados de cada ciencia sino con la especificidad del conocimiento escolar. Preguntas como ¿Qué enseña un Profesor de Historia cuando quiere que sus alumnos comprendan la noción de democracia en la Revolución Francesa? nos incitan a reflexionar no sólo sobre la distinción entre política, sociología e historia sino también sobre la dimensión temporal y valorativa de dicha categoría y sus posibilidades de constituirse en una herramienta conceptual apta para la comprensión de los fenómenos sociales.

¿Cómo se legitima dicho conocimiento? ¿Escuchando al Profesor o leyendo el libro y luego repetir lo dicho por la «autoridad» o reproduciendo lo escrito en los manuales? El desarrollo y las características del conocimiento social parecen indicar —y al menos es esta la idea que subyace en la obra— todo lo contrario. Es necesaria la confrontación y la interpretación de diferentes fuentes de información y corrientes diversas de pensamientos. Y para ello no sólo es necesario el desarrollo de habilidades cognitivas específicas sino la explicitación de valores e influencias ideológicas y

políticas presentes en todos los contenidos históricos y sociales.

En esta perspectiva, ¿cómo se rescata al alumno? El alto grado de abstracción de los conceptos y categorías históricas —capitalismo, monarquía, feudalismo, su carácter histórico, así como la polisemia de estos términos y el relativismo propio del conocimiento histórico no desaniman el proyecto o la pretensión de movilizar creencias vigentes, rivalizar, confrontar y complementar los conocimientos previos con los nuevos. Si bien las investigaciones en curso y realizadas no le permiten al autor llegar, en este punto, a consideraciones o conclusiones generales, las mismas señalan los efectos positivos de la instrucción en tal sentido. La comparación de los saberes entre experto y novatos demostrarían el predominio de explicaciones «personalista» entre los últimos y de tipo «estructural» entre los primeros. «Es decir —ajuicio del autor— estos sujetos, dentro de sus explicaciones históricas, consideran principalmente la existencia de una serie de factores políticos, sociales, económicos y científico-técnicos como elementos explicativos de la realidad histórico-social. Las acciones de los hombres las sitúan en función del establecimiento previo de un conjunto de condiciones sociales constituyentes de una situación histórica particular».

¿Cuál es el alcance de las intenciones didácticas? ¿Transmitir conocimientos —enseñanza tradicional repetitiva— o enseñarlos en articulación con las estrategias cognitivas para operar sobre ellos —habilidades metacognitivas, creativas, analíticas?. Las implicancias pedagógicas que se desprenden a lo largo de la obra

indicarían seguir este último camino. Así, se recomienda al docente disparar un dispositivo de recursos y estrategias que apunten a:

Proporcionar a los alumnos los medios para reflexionar sobre la información histórica y social, facilitar la comprensión de visiones alternativas, diferentes a las que ofrecen las propuestas editoriales y su propio contexto socio-cultural.

La introducción progresiva de conceptos sumamente complejos y abstractos y que tengan en consideración el conocimiento previo de los alumnos y el grado de complejidad de la nueva información.

Utilizar la narración como un camino adecuado para introducir, sobre todo en los primeros cursos, algunos conceptos históricos. Investigaciones recientes indican que las narraciones —historias basadas en personajes— parecen favorecer tanto el procesamiento y comprensión de la información del texto, como la formación de relaciones y teorías causales, además de lograr una mayor motivación del alumno y de contribuir a destacar la importancia del contexto y del desarrollo de actitudes críticas.

Privilegiar el uso del «razonamiento informal» en la solución de problemas con contenido histórico. Estos últimos deberán ser abiertos, tener un carácter inductivo, prescindir de un lenguaje formal o simbólico y exigir la coordinación de perspectivas diferentes.

Para un Profesor de Historia, perspectiva desde la cual hacemos comentarios a la obra de Carretero, los criterios didácticos expuestos allí —si bien los compartimos— no son una novedad en nuestro medio (Camilloni, A. y Levinas, M., 1989;

Finocchio, Silvia, 1993; Aisenberg, B. y Alderoqui, A., 1994). Tampoco hay avances significativos en cuanto a los problemas disciplinares, en este caso, al estado actual de los debates respecto a la construcción y reconstrucción del conocimiento histórico. Los aportes más importantes están referidos a los estudios cognitivos y a su relación con la comprensión de conceptos históricos y/o sociales. Los informes sobre estudios empíricos acerca de la causalidad histórica orientan, por otra parte, al docente brin-

dándole modelos de intervención que pueden ser considerados útiles a la hora de evaluar los saberes que aprenden sus alumnos. En este sentido, la colaboración que presta la psicología a la problemática de la metodología y estrategias específicas de la enseñanza de las Ciencias Sociales no sólo la consideramos beneficiosa, sino que dibuja —en este caso— líneas de trabajo en común que, seguramente, podrán dar nuevas respuestas a viejos interrogantes.

Prof. Carlos Alberto Dicroce